

Antología de *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer

Introducción sinfónica

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la medianoche, que a la mañana no puede recordarse.

En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en formidable aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por dónde salir a la luz, de entre las tinieblas en que viven.

Pero, ¡ay!, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar el arte.

[...]

Antología de *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer

RIMA I

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarle, y apenas, ¡oh hermosa!,
si, teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

RIMA II

Saeta que voladora
cruza, arrojada al azar,
y que no se sabe dónde
temblando se clavará;

Hoja que del árbol seca
arrebata el vendaval,
sin que nadie acierte el surco
donde a caer volverá;

Gigante ola que el viento
riza y empuja en el mar,
y rueda y pasa, y no sabe
qué playa buscando va;

Luz que en cercos temblorosos
brilla, próxima a expirar,
ignorándose cuál de ellos
el último brillará;

Eso soy yo, que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo ni adónde
mis pasos me llevarán.

RIMA IV

No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;

Mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;

Mientras la humanidad, siempre avanzando,
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

Mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;

Mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

RIMA V

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,
del sol tiemblo en la llama,
y al cielo azul me muevo
sin que alas me levantarán.

Yo me arrojo a los hombres
cual rayo que del cielo
se lanza.

¡Yo sé inspirar el canto
del cisne y de la alondra,
y la armonía brota
del alma de las cosas!

RIMA VII

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueña tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay! —pensé— ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: «¡Levántate y anda!»!

RIMA VIII

Cuando miro el azul horizonte
perderse a lo lejos,
al través de una gasa de polvo
suspendida en el aire;

Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar como ardientes
pupilas de fuego;

Me parece posible arrancarme
del mísero suelo,
y flotar con la niebla dorada
en un mar de silencio;

Vagar por las bóvedas azules,
al rayo del sol,
o al templado fulgor de la luna
que tiembla en la noche;

Perderme en el fondo del cráneo
que al mundo le oculta
y encontrar una voz misteriosa
que diga: «¡Ya sabes!»...

RIMA X

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada.

Oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
¡Es el amor que pasa!

RIMA XI

—Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión,
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas? —No es a ti, no.

—Mi frente es pálida; mis trenzas, de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas? —No, no es a ti.

—Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible:
no puedo amarte. —¡Oh, ven; ven tú!

RIMA XII

Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar, te quejas;
verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva,
y verdes son las pupilas
de las huríes del Profeta.

El verde es gala y ornato
del bosque en la primavera;
entre sus siete colores
brillante el iris lo ostenta;
las esmeraldas son verdes,
verde el color del que espera,
y las ondas del océano
y el laurel de los poetas.

Es tu color. ¡Y cuánto!
Que siendo garza morena,
en tu mirar se adivina
el alma llena de ideas,
como en las noches de estío
se ve el cielo a través de ellas.

RIMA XIV

Te vi un punto, y, flotando ante mis ojos,
la imagen de tus ojos se quedó,
como la mancha oscura, orlada en fuego,
que flota y ciega si se mira al sol.

Adondequiera que la vista fijo,
torno a ver tus pupilas llamear;
pero no te hallo a ti, y estoy buscando
por todas partes sin cesar, sin paz.

Y me parece que hasta en la brisa
me dan tu aliento las flores al pasar.
¡Te busco sin hallarte... y en todos lados
me parece que estás!

RIMA XV

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
de arpa de oro,
beso de aura, onda de luz:
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte te desvaneces
como la llama,
como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul.

En mar sin playas ondeando hermoso,
en campo verde temblando undoso,
en alta loma
bajo la palma,
en el susurro del aura calma,
eso eres tú.

Tú, cuya rauda fugitiva sombra,
como la fábula sin forma,
como el recuerdo
de lo que he sido,
como el reflejo
del pensamiento,
del alma huyó.

RIMA XVI

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón, crees que suspirando pasa el viento murmullo son;

si al resonar confuso a tus espaldas
vago rumor, crees que por tu nombre te ha llamado lejana voz;

sabe que, aunque invisible,
el alma de mi amor
junto a ti, de sus ansias
te habla con voz
y aliento con el viento
te envía el corazón.

RIMA XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonrén,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado...,
¡hoy creo en Dios!

RIMA XXI

—¿Qué es poesía? —dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul—.

¿Qué es poesía...? ¿Y tú me lo preguntas?

¡Poesía... eres tú!

RIMA XXIII

Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... ¡yo no sé
qué te diera por un beso!

RIMA XXIV

Dos rojas lenguas de fuego
que a un mismo tronco enlazadas
se aproximan y al besarse
forman una sola llama;

dos notas que del laúd
a un tiempo la mano arranca,
y en el espacio se encuentran
y armoniosas se abrazan;

dos olas que vienen juntas
a morir sobre una playa,
y que al romper se coronan
con un penacho de plata;

dos jirones de vapor
que del lago se levantan,
y al juntarse allá en el cielo
forman una nube blanca;

dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden...
eso son nuestras dos almas.

RIMA XXV

Cuando en la noche te envuelven
las alas de tul del sueño,
y tus tendidas pestañas
semejan arcos de ébano,

por escuchar los latidos
de tu corazón inquieto,
y reclinar tu dormida
cabeza sobre mi pecho,

diera, alma mía,
cuanto poseo:
la luz, el aire
y el pensamiento.

RIMA XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;
dormida, me atrevo a verte;
por eso, alma de mi alma,
yo velo mientras tú duermes.

Despierta, que hay quien pasando
sus manos por tu cabellera,
sueña que siente en los labios
el roce de tus mejillas.

Despierta, que mientras dura
el sueño que te adormece,
¡hay un espíritu en pena
que al pie de tu lecho muere!

RIMA XXIX

Sobre la falda tenía
el libro abierto;
en mi mejilla tocaban
sus rizos negros;
no veíamos las letras
ninguno, creo;
yo, temblando, le decía:
—¿Por qué te quiero?...

Me respondió un suspiro
por todo verbo.
¡Ay! los suspiros son aire
y van al aire.
¡Las lágrimas son agua
y van al mar!
Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
¿sabes tú adónde va?

RIMA XXX

Asomaba a sus ojos una lágrima
y a mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo y se enjugó su llanto,
y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
pero al pensar en nuestro mutuo amor,
yo digo aún: ¿Por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿Por qué no lloré yo?

RIMA XXXIV

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y a su albor primero
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
yo pensé un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

RIMA XXXV

¿Sabes tú dónde va
el alma que muere?
Si en la noche sin luz
una estrella se pierde,
si en la ola que duerme
se apaga un lucero,
¿quién sabe su tumba,
quién llora su entierro?

¿Sabes tú dónde va
la flor que no hiera?
¿El pájaro ciego,
la rama sin hojas,
la abeja sin miel?
¿Sabes tú dónde va
la llama que arde
y el soplo la vence?
¡Dímelo, tú que sabes,
poeta que mueres!

RIMA XXXVII

Yo sé cuál el objeto
de tus suspiros es.
Yo sé por qué tus ojos
lloran una vez.

Yo sé qué causa el llanto
que brota a tus pupilas;
y sé también que en ellos
hay lágrimas tranquilas.

Yo sé que, aunque tú calles,
tu corazón me nombra.
¡Y sé que, en esta sombra,
tus ojos son mi fe!

RIMA XXXVIII

Cruza callada, y son sus movimientos,
tan rítmicos, tan suaves, tan ligeros,
que se diría al verla que en el suelo
dejar no puede ni aun sus propios ecos.

En su mirar un místico destello
brilla, como el de lámpara encendida
que en la capilla solitaria y triste
alumbra al fondo el altar de la Virgen.

Los tonos de su voz son tan suaves
que más que hablar, parece que acarician;
y en sus palabras, dulces y pausadas,
hay música del cielo... y poesía.

¡Oh! sí; como esas vírgenes que adoran
los poetas románticos, es ella.
Tan pálida, tan dulce, tan hermosa,
que en su mirar de luz mi fe resplandece.

RIMA XL

Su mano entre mis manos,
sus ojos en mis ojos,
la amorosa cabeza
apoyada en mi hombro...

¡Dios sabe cuántas veces
con paso silencioso
paseamos los dos solos
por el bosque frondoso!

Y en horas de silencio,
cuando el sopor del oro
del sol dormía al aire
en el cálido otoño,

¡cuántas veces al verme
pensativo y callado,
ella, apoyando en mí
su frente, ha murmurando:

—¿De qué piensas?

—De nada.

—¿De nada? ¿Callas?

—Callo.

Y un beso y una lágrima
eran siempre el diálogo!

RIMA XLI

Tú eras el huracán, y yo la alta
torre que desafia su poder:
¡tenías que estrellarte o que abatirme!...
¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
uno a arrollar, el otro a no ceder:
la senda estrecha, inevitable el choque...
¡No pudo ser!

RIMA XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de dónde estaba...

Cayó sobre mi espíritu la noche,
en ira y en piedad se anegó el alma,
¡y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!...

Pasó la nube de dolor... Con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dio la noticia? Un fiel amigo...
Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

RIMA XLIII

No sé lo que he soñado
en la noche pasada.
Triste, muy triste debió ser el sueño,
pues despierto la angustia me duraba.

Noté al incorporarme
húmeda la almohada,
y por primera vez sentí, al notarlo,
de un amargo placer llenarse el alma.

Triste cosa es el sueño
que llanto nos arranca;
mas tengo en mi tristeza una alegría...
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

RIMA XLV

¿Será verdad que cuando toca el sueño
este corazón, en que vive el alma,
oye confusamente
entre la sombra y la visión amada
una voz que le dice:
«¡Ven, que te espero en la región del alba!»?

¿Será verdad que cuando la esperanza
dormida en su sepulcro, yace helada,
viene el amor a acariciarla al fondo
de su tumba callada,
y le dice: «Despierta,
vive otra vez la vida de tu alma!»?

¿Será verdad que, lejos de los días
que al ver nos hacen llorar, el alma
descansa eternamente
libre de su tristeza y de sus lágrimas?...

¿Será verdad que cuando muere el cuerpo,
vive la idea, y el espíritu habla?...

¿Será verdad que el cielo con sus misterios
se abre al morir, y el alma enamorada
sabe por fin de qué color son alas?

¡Oh! ¡no sé lo que creo!...
¡No sé lo que me pasa!

¡Sé que te vi un día,
y que en un instante
tu alma y la mía
quedaron prendidas!

¡Sé que tu pupila
me dijo: «Te amo»,
como lo dicen
las hojas al aire,
las olas al viento
y al cielo las aves!

¡Sé que, enmudeciendo
de amor y de pena,
me estrechaste en brazos
y abriste tu alma!

¡Y sé que me muero
de amor en tus labios,
de fe en tu palabra
y de luz en tu alma!

RIMA XLVIII

Como se arranca el hierro de una herida
su amor de las entrañas me arranqué;
aunque sentí al hacerlo que la vida
¡me arrancaba con él!

Del altar que le alcé en el alma mía
las aras destrocé;
y el fuego que en él hube encendido
antes de apagarlo, lo calcé.

¡Qué noche aquella! ¡Qué dolor tan hondo!
¡Qué lento cae el alma cuando cae!
¡Qué triste es recordar lo que se olvida,
lo que se quiere y no se puede amar!

RIMA LII

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espuma,
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrando en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatadme, y en el negro seno
¡llevadme con vosotras!

Pensamientos que giran en la mente,
cuál aves en bandada tumultuosa,
dadme el arrullo de su insania loca,
¡llevadme con vosotras!

RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y, otra vez, con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...,
¡esas... no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
sus flores se abrirán.

Pero aquéllas, cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...,
¡esas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón, de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido...; desengáñate,
¡así... no te querrán!

RIMA LIV

Los suspiros son aire y van al aire.

Las lágrimas son agua y van al mar.

Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
¿sabes tú adónde va?

RIMA LVI

Hoy como ayer, y como siempre, igual.
¡Y el corazón que en su impasible centro
el universo mira,
se estremece al pensar:
¡Qué solos estamos todos
el día del juicio final!

RIMA LIX

Como aquel que en alta mar
por alondra una visión
cree ver, y es nube que pasa
al fulgor del sol;

como aquel que al divisar
una torre en lontananza,
cree llegar, y cuando llega,
nada encuentra, sino nada;

como el eco, como el humo,
como el sueño o la esperanza...,
así es todo, cuando toca
mi corazón a su alma.